

Cuarenta años del golpe militar en Chile:
LA VOZ PROFÉTICA DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

El noble y sufrido, pero siempre alegre y acogedor pueblo de Chile, hoy más conocido y más integrado en la aldea global que es nuestro mundo, no ha sido sólo víctima de su accidentada geografía plagada de volcanes y de placas que en las profundidades de la tierra no terminan de ajustarse y que provocan, cada cierto tiempo, los terremotos más intensos y destructivos conocidos en la historia del planeta. Este hermoso país flanqueado por la cordillera de Los Andes, bañado en toda su larga costa por el Pacífico, compuesto por áridos desiertos al norte, fértiles valles con abundantes frutales y viñedos en su zona central, numerosos lagos y ríos que riegan sus tierras y extensos campos de hielo y nieve en su parte más austral, es una de las repúblicas del continente sudamericano que ha vivido una de las democracias más estables y sólidas en el sur del mundo. Pero ha conocido también, hace cuarenta años, el 11 de septiembre de 1973, un quiebre institucional inédito en su historia que dio origen a una larga etapa de dolorosa sumisión del pueblo al poder militar. La Junta de Gobierno encabezada por el general de ejército Augusto Pinochet Ugarte, que a poco andar se convirtió en Jefe del Estado, impuso al país una nueva Constitución y un sistema económico de corte netamente liberal aunque adoptara el nombre de *sistema social de mercado*, estableciendo un régimen férreo que se prolongó por 17 años hasta su derrota en las urnas a fines de 1989.

Afortunadamente, este país cuya gente lleva en sus venas la sangre de aguerridas etnias como la mapuche que se ha mezclado con la de los emigrantes extranjeros principalmente de origen europeo, ha producido hombres y mujeres admirables que han sido gestores señeros y protagonistas notables en medio de su pueblo: poetas y poetisas, mineros y cantautoras, políticos y maestras, pianistas y guitarristas, estadistas y campesinos, presidentes y presidentas, masones y hombres de Iglesia. Entre estos últimos ha destacado de modo descollante el *Cardenal salesiano Raúl Silva Henríquez* (1907-1999), que ejerció su ministerio pastoral como Arzobispo de Santiago en un período crucial para su patria, bajo los más contrapuestos regímenes de gobierno que representaban a los sectores de la derecha más conservadora (J. Alessandri), al centro humanista y cristiano (E. Frei Montalba), a la izquierda socialista de Salvador Allende y a quienes sustentaron, desde la derecha política y económica, a la dictadura militar de Augusto Pinochet.

Le correspondió participar en el Concilio Vaticano II y aplicarlo a la realidad social y eclesial de su país según las orientaciones que contribuyó a producir participando activamente en las Conferencias de Medellín (1968) y Puebla (1979). Encarnó e hizo operativo y eficaz su seguimiento de Cristo y su opción evangélica por los pobres en largos años de abnegado liderazgo pastoral en la Iglesia de Santiago, en el anuncio de un Evangelio capaz de interpretar e iluminar los signos de los tiempos, en la denuncia valiente y profética de todo atropello a la dignidad y a los derechos del hombre, en la creación de la *Vicaría de la Solidaridad* una vez que el gobierno militar exigiera la disolución del Comité de Cooperación para la Paz, organización ecuménica creada inmediatamente después del golpe para responder, desde una compartida opción creyente, a la defensa de los derechos de numerosos chilenos que empezaban a ser vulnerados violenta e impunemente.

La palabra inspirada del pastor de la Arquidiócesis de Santiago empezó a resonar con fuerza tanto en las declaraciones del conjunto de la Conferencia Episcopal o su Comité Permanente como en sus intervenciones más personales y en sus homilias desde la primera hora en que se impusieron la fuerza de las armas y los decretos sin contraparte como forma de gobierno.

Ya en la misma tarde del 11 de septiembre de 1973, cuando se transmitieron imágenes de allanamientos y detenciones en las poblaciones, al Cardenal se le deslizaron las lágrimas por las mejillas. Se expresa en sus memorias de una manera que trasunta un alma llena de profundos sentimientos: “*En cierto momento las imágenes de destrucción terminaron por deprimirme. Me retiré al escritorio y oré durante horas, con la mente puesta en los millares de compatriotas que*

estarían sufriendo en esos instantes los estragos de la violencia. Sentía en esos momentos, quizás como nunca antes en mi vida, el peso inmenso que haría recaer sobre la Iglesia una situación de la que no era responsable. Pensé en la dureza de las circunstancias: después de tantos ajetreos, al borde de mis 66 años, cuando me creía ya cansado y viejo, el Señor nos enviaba la más dura prueba: ¿no era agobiante”.

El 12 y 13 de septiembre, se reúne con algunos obispos, más de una vez en su casa. Afirmaría que, ante el toque de queda que se imponía, *“sin salvoconducto, comenzaba a sentirme prisionero en mi propia casa”*. El 13 de septiembre, es visitado por un contralmirante, quien le trae un mensaje de la Junta de Gobierno, que deseaba garantizarle a la Iglesia que se tendría respeto por ella y que se mantendrían las relaciones lo más fluidas posible. Aseguran que sus miembros eran católicos, por lo cual había una doble razón para ese propósito. Afirma el Cardenal: *“Le dije que agradecía este gesto. A nombre de la Iglesia, yo debía pedirle, sin embargo, que hubiese sobre todo respeto por las personas, y especialmente por los más pobres, porque con ellos estaba nuestro corazón”*.

De las reuniones en casa del Cardenal sale la declaración de siete puntos, publicada el 14 de septiembre, firmada por él y otros cinco obispos en la que expresan elocuentes palabras:

“Nos duele inmensamente y nos oprime la sangre que ha enrojecido nuestras calles, nuestras poblaciones y nuestras fábricas -sangre de civiles y sangre de soldados- y las lágrimas de tantas mujeres y niños. Pedimos respeto por los caídos en la lucha y, en primer lugar, por el que fue hasta el martes 11 de septiembre, Presidente de la República.

Pedimos moderación frente a los vencidos. Que no haya innecesarias represalias. Que se tome en cuenta el sincero idealismo que inspiró a muchos de los que hoy han sido derrotados. Que se acabe el odio, que vuelva la hora de la reconciliación.

Confiamos que los adelantos logrados en Gobiernos anteriores por la clase obrera y campesina, no volverán atrás y, por el contrario, se mantendrán y acrecentarán hasta llegar a la plena igualdad y participación de todos en la vida nacional. Confiando en el patriotismo y desinterés que han expresado los que los que han asumido la difícil tarea de restaurar el orden institucional y la vida económica del país, tan gravemente alterados, pedimos a los chilenos que, dadas las actuales circunstancias, cooperen a llevar a cabo esta tarea, y sobre todo, con humildad y con fervor, pedimos a Dios que los ayude.

La cordura y el patriotismo de los chilenos, unidos a la tradición de democracia y de humanismo de nuestras Fuerzas Armadas, permitirán que Chile pueda volver muy luego a la normalidad institucional, como lo han prometido los mismos integrantes de la Junta de Gobierno y reiniciar su camino de progreso en la paz”.

Respecto a esta declaración -dada a conocer previamente a la Junta, por deferencia- un asesor de la misma, le comunica que se le deben hacer correcciones, pero se le responde que el documento no está sujeto a ello y que unas horas después saldría en diarios chilenos. Un alto personero gubernamental le expresa al Cardenal que ello es una “puñalada por la espalda”, para la Junta. Él le contesta: *“Nosotros hemos dicho delante de Dios y del pueblo lo que teníamos que decir. Señor, nosotros hemos procedido como obispos y nuestro deber es reconocer los derechos de todos y establecer lazos para poder pacificar”*.

Posteriormente afirmaría con dolido franqueza: *“...creíamos sinceramente que las Fuerzas Armadas pondrían fin al clima de violencia, y que luego, a la brevedad posible, como en sus propias declaraciones lo decían, retornarían a sus funciones profesionales. De modo que no había en nuestras palabras ánimo de reproche ni nada parecido”*.

Días después del golpe cívico-militar, algunos sacerdotes temían que el *Te Deum*, con el que tradicionalmente la Iglesia Católica se une a las celebraciones de las Fiestas Patrias cada 18 de septiembre, fuera convertido por la propaganda y la máquina informativa que apoyaba a la Junta en un acto de respaldo a ella. Uno de ellos le expresa al obispo Sergio Valech, auxiliar de Santiago, que el Cardenal no puede ir pues “*después de la declaración ambigua que el Comité Permanente había sacado el día 13, en que la Iglesia como que se lavaba un poco las manos, hubiera aparecido en el Te Deum tomando una posición claramente a favor del golpe...*”. Por otro lado, el gobierno envía al vicario castrense para persuadir a Silva Henríquez que lo celebrara en un recinto militar. Él mismo afirma: “*Le respondí que el día 18 yo haría la ceremonia tradicional en la Catedral de Santiago, que respondía a la solemnidad de las circunstancias, y no sería un Te Deum, sino una Oración por la Patria. La proposición de ir a la Escuela Militar me parecía totalmente inconveniente, e incluso perjudicial para los propios militares. La Iglesia debía orar por todos, y no tomar partido por un bando. Cualquier cosa que saliera de esa línea podría ser presentada como una imposición del nuevo régimen. Le expresé que si él quería hacerlo, me parecía correcto, pero tal cosa no le correspondía al arzobispo de Santiago. Le dije que no, que no iba a hacer el Te Deum en ningún regimiento*”.

Finalmente, enfrentando cara a cara a los cuatro miembros de la Junta, llega al acuerdo con ellos de celebrar el *Te Deum* no en la catedral sino en la Iglesia salesiana de la Gratitud Nacional, que por su ubicación más alejada del centro de la ciudad, daba a los militares garantías de mayor seguridad y control.

En la misa de oración por la patria, el 16 de septiembre, expresa en su homilía: “*...queremos declarar, con nuestros hermanos de otros credos cristianos, que los nobles propósitos expresados por las autoridades actuales de “restablecimiento de la normalidad institucional, de paz y de unidad entre todos los chilenos”; las declaraciones que aseveran el respeto a las conquistas legítimas de los trabajadores, los llamados a la cooperación patriótica y a la solidaridad, las decisiones de superar el sectarismo y la afirmación de que no se trata de aplastar tendencias o corrientes ideológicas, ni de venganzas personales, merecen nuestro pleno apoyo. En nuestra declaración hemos solicitado que “confiando en el patriotismo y en el desinterés que han expresado los que han asumido la difícil tarea de restaurar el orden institucional y la vida económica del país, tan gravemente alterados, pedimos a los chilenos que, dadas las actuales circunstancias, cooperen a llevar a cabo esta tarea... Deseamos ardientemente destruir el odio para evitar que el odio mate el alma de Chile...Vuestro Pastor sólo quiere servir a todos, y muy especialmente a los pobres, a los humildes, a los que sufren; si logra enjugar una lágrima, mitigar un dolor, aunque esto se a costa de grandes incomprendiones, se sentirá feliz. Sólo quiere amar y servir: humildemente pide para esta actitud, comprensión y respeto... Que el Señor ilumine con su gracia a nuestros gobernantes, para que cuanto antes consigan, como lo han expresado, que la normalidad institucional se restablezca y todos los chilenos nos sintamos verdaderamente hermanos*”.

El 18 de septiembre, en el acto ecuménico de oración por la patria, expresa: “*...Hoy, dadas las dolorosas circunstancias que hemos vivido, esta celebración cobra un doble significado: venimos aquí a orar por los caídos; y venimos, también, y sobre todo, a orar por el porvenir de Chile. Pedimos al Padre de las Misericordias perdone nuestras faltas y las de nuestros hermanos caídos por la patria. Confiamos en su infinita bondad, y esperamos, por la Sangre Redentora de Cristo, que la luz eterna brille para nuestros soldados y nuestros civiles que han inmolado sus vidas en la noble, difícil y dolorosa tarea de corregir nuestros yerros y de lograr que la justicia para todos los hijos de una misma patria impere soberana en nuestra tierra trayéndonos el deseado fruto de la paz. Este momento religioso no se limita a implorar misericordia por todos nosotros. Quiere animarnos también a una nobilísima empresa: la de reconstruir nuestra Patria.*

Nosotros, todos, somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la Patria sin fronteras. Esa patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros... Para poder realizar tan noble tarea en estos momentos todos los chilenos, creando un clima de comprensión, de justicia y sensatez, de perdón y fraternidad, debemos superar nuestras divisiones y luchas, debemos olvidar nuestras diferencias y nuestras opiniones contrastantes, debemos acabar con el odio para que él no envenene y destruya el alma de nuestra patria.

Pedimos al Señor que no haya entre nosotros ni vencedores ni vencidos y, para esto, para reconstruir a Chile, quisiéramos ofrecer a los que en horas tan difíciles han echado sobre sus hombros la pesadísima responsabilidad de guiar nuestros destinos, toda nuestra desinteresada colaboración...

Ser fieles a este don de Dios -la libertad- significa acrecentar en los chilenos y para Chile, la verdadera libertad; luchar para hacerla patrimonio de todos; impedir que valores, costumbres o poderes extranjeros nos hagan olvidar lo que es nuestro, y nos sometan a un yugo que se nos haría insoportable y que nos privaría de todo lo que nos pertenece, y que constituye la más preciada herencia y el acervo de lo que llamamos chilenidad.

Junto a nuestro amor a la libertad existe en nosotros el amor y el respeto a la ley. Hemos creído que ella constituía la mejor salvaguardia de nuestra libertad y el mejor estímulo de nuestro desarrollo. Hemos respetado la ley y cuando ha dejado de ser justa, o eficiente, la hemos trocado por otra mejor. Hemos preferido el orden al desorden, la autoridad a la anarquía, el diálogo a la imposición, la justicia a la violencia, el amor al odio. En toda autoridad hemos reverenciado la persona y la investidura, acatando sus legítimas decisiones, sin renunciar al derecho -también legítimo- de sentir de otra manera”.

Personeros de gobierno e incluso también algún obispo disienten derechamente de las palabras del Cardenal. El, por su parte, confesará posteriormente:

“Pero otra vez implorábamos ante oídos sordos. La violencia no había aflojado sino en una muy pequeña cuota, y cada hora recibíamos noticias sobre nuevos hechos de sangre, desde enfrentamientos hasta ejecuciones sumarias. La resistencia efectiva era ya muy esporádica, pero los militares decían temer que, si no se extirpaban de raíz los focos violentistas sumidos ahora en la clandestinidad, la posibilidad de una verdadera guerra se haría más cierta. Nosotros supimos desde el primer momento que debíamos estar al lado de las víctimas, sin que nos importara su color ni ideología. Nuestra obligación era salvaguardar la vida humana, y para ello debíamos proteger intransigentemente los derechos de las personas... El mismo 18 de septiembre mi obispo auxiliar Fernando Ariztía dirigió la primera carta con denuncias concretas al general Pinochet, presidente de la Junta... durante los días siguientes al 11, presencié personalmente cómo se arrastraban por el río Mapocho los cadáveres de numerosas personas. Con ayuda de una religiosa, pude incluso rescatar a un ciudadano brasileño que, malherido, era llevado por la corriente”.

Estas citas, tomadas para esta breve reseña de autorizados artículos del historiador y profesor de la Universidad Católica Silva Henríquez, Freddy Timmermann, son una pequeña muestra de lo que será la inmensa y profética labor pastoral y magisterial del Cardenal, no sólo en los complejos años de la dictadura sino hasta el término de su vida.

*P. Juan C. Zura, sdb.
Santiago de Chile, 10 de septiembre de 2013.*